

DEBATES DE LA HISTORIA Y MEMORIA EN HUNGRÍA

Olga Glondys

(GEXEL-CEFID-Universidad Autónoma de Barcelona)

Cuando escribo este texto, en abril de 2017, los medios de comunicación y las redes sociales están repletos de llamamientos en solidaridad con la Central University of Budapest, la universidad privada fundada por el magnate financiero y filántropo George Soros en la capital de Hungría. La amenaza que se cierne sobre la supervivencia de esta prestigiosa institución constituye un nuevo capítulo en la historia del retroceso de Hungría hacia el autoritarismo nacionalista promovido por su actual líder político Víctor Orbán, quien no cuenta, en la actualidad, con ningún rival político apto para desbancarle del poder que ostenta desde el año 2010.

En el verano del pasado año 2016, tuve el privilegio de pasar dos semanas en Budapest, la bella ciudad centroeuropea que, a lo largo de los siglos, ha ejercido de punto de encuentro cultural de poblaciones tanto vecinas como lejanas. Mi estancia pudo llevarse a cabo gracias a una beca del Fondo de Visegrad, concedida con el objetivo de explorar los ricos fondos del Vera and Donald Blinken Open Society Archive de Budapest, archivo que forma parte de la Central European University. Por gentileza de unas amistades comunes, pude afincarme durante esos días en la casa de László Rajk, arquitecto reconocido internacionalmente que, durante el período soviético, devino un importante líder de la oposición democrática. Casado con Judith –cantante, profesora y gestora cultural de ascendencia judía–, László rindió un homenaje a los judíos húngaros al diseñar, en su momento, el Pabellón Húngaro del Museo de Auschwitz-

Birkenau y, recientemente, los decorados de la película *El hijo de Saúl*, de László Nemes, galardonada con el Gran Premio del Jurado en Cannes y Óscar a la mejor película de habla no inglesa (2015). Rajk es asimismo hijo del famoso héroe de la resistencia contra los nazis y posterior Ministro del Interior de Hungría (1946-1948) del mismo nombre, tristemente célebre por morir ejecutado tras un proceso ejemplarizante desarrollado por las autoridades estalinistas en 1949. En el Open Society Archive, trabajé bajo la tutela del reconocido historiador y director de ese archivo, István Rév.



László Rajk 1947

Aproveché los días de mi estancia para sumergirme en la cultura y la memoria del país a través de la fascinante y trágica historia de la familia Rajk,¹ pero también mediante la exploración de las topografías de dicha memoria proyectadas sobre la ciudad de Budapest. Ante las amenazas a las que se ve expuesta en los últimos años la cultural liberal, europea y cosmopolita de Hungría, y las incertidumbres por las que hoy atraviesa la comunidad democrática húngara y la de la propia Unión Europea, valgan estas breves líneas para trazar unas pinceladas sobre la difícil memoria histórica del país, así como sobre las personas que han sostenido, y aún sostienen, la batalla por su libertad.

László Rajk (1909-1949): símbolo del antifascismo y artífice y víctima del estalinismo

El nombre de László Rajk (1909-1949) se ha convertido en uno de los máximos símbolos de las políticas de represión estalinistas desplegadas en los territorios ocupados por el Ejército soviético en la Europa Central durante la inmediata posguerra.

Nacido en el seno de una familia sajona de la Transilvania entonces húngara, la historia de Rajk era relativamente común para la juventud centroeuropea comprometida con los movimientos de izquierda que, al estallar la Guerra Civil española, se alistaba voluntariamente en las Brigadas Internacionales. Con anterioridad, la actividad política comunista de Rajk ya le había conducido a ser arrestado y expulsado de la universidad, y a mantenerse con dificultades de su trabajo como obrero de construcción. Ya en España combatió con valentía, principalmente en el Frente del Ebro, donde cayó herido, y su abnegada entrega se manifestó en que, durante la retirada hacia Francia, se ofreciera voluntario para ir en última línea de las columnas, a fin de poder proteger a los civiles. Como tantos otros combatientes internacionales que habían participado en la guerra española, tenía esperanzas de poder

continuar luchando activamente en el Frente Popular desde Francia, pero, al igual que sucedió a muchos brigadistas, fue arrestado y deportado al campo penitenciario de Vernet. Unos años más tarde, al mismo campo acabaría asimismo deportado, por las autoridades francesas, el gran escritor judío húngaro Arthur Koestler.

En la Segunda Guerra Mundial, Hungría, de apenas diez millones de habitantes, perdió casi un millón de sus ciudadanos lo que hizo de ella, proporcionalmente, el tercer país con más bajas humanas después de la Unión Soviética y Polonia. Destacó especialmente la tragedia de los judíos húngaros, gaseados casi en su totalidad tras la invasión por Alemania, el 19 de marzo de 1944, de su «satélite indeciso». Las cifras del exterminio judío en Hungría son, en efecto, escalofriantes. Una de cada tres víctimas de Auschwitz fue húngara. Más concretamente, en 56 días, murieron casi cuatrocientos mil húngaros. Con tal ratio de asesinatos, incluso los eficaces artilugios de la tecnología de muerte alemana no daban abasto, de manera que muchas víctimas, incluyendo niños, fueron quemados vivos en los crematorios. En aquellos momentos, el mayor deseo de László Rajk era salir del campo y abrirse paso hacia Budapest para poder incorporarse a la resistencia comunista húngara del Frente Popular. No obstante, aunque finalmente consiguiera escapar, fue casi de inmediato detenido por las fuerzas del Gobierno colaboracionista húngaro y a la postre, solo salvó la vida merced a la intervención de su hermano Endre, alto dirigente del Partido de la Cruz Flechada, que agrupaba a los fascistas húngaros pronazis.

La liberación por el Ejército soviético de Hungría trajo consigo la instalación de un nuevo régimen satélite de Moscú, en cuyas filas László Rajk ascendió rápidamente, avalado por su heroico desempeño en la resistencia antinazi y antifascista, así como por su innato carisma político. Entonces no dudó en utilizar su poder para devolverle el favor a su hermano Endre, a quien puso a salvo de las represalias y permitió su salida a Alemania. Durante más de dos años,

entre 1946 y 1948, fue Ministro del Interior del Gobierno comunista de Mátyás Rákosi, cargo desde el cual fue responsable de la creación de la policía política y del desarrollo de la inmensa ola represiva en cuyo marco cayeron asesinados cinco mil opositores.² En 1949 –presumiblemente ya como un indicio de su progresiva caída en desgracia–, sería nombrado Ministro de Asuntos Exteriores de Hungría, cargo har- to inoperante dada la ausencia de toda política internacional independiente de los dictámenes de Moscú.

Pocos meses después, tuvo lugar su arresto. A partir de entonces, el destino de László Rajk de- vino paradigmático para reflejar las trayectorias de todos aquellos destacados brigadistas, procedentes de la Europa Central y del Este, que, al regresar a sus países –acusados de «cosmo- politismo», «contactos con los aliados» y «titis- mo»–sufrieron represalias políticas, como, por ejemplo, en Polonia, el judío polaco y dirigente del Batallón Dabrowski Henryk *Toru-czyk* o el escritor y crítico literario Kazimierz Wyka. Tras soportar torturas durante semanas, según el único testigo ocular de su internamiento, *Béla Szász*, que luego escribirá el libro *Volunteers for the Gallows*,³ Rajk fue engañado y, probablemente para proteger a su familia (su esposa Júlia ya había sido detenida), confesó su «traición» y se declaró «titista». Su proceso reflejaba un nuevo episodio de las luchas fratricidas abiertas dentro del comunismo internacional, cuyas víctimas de entonces fueron los líderes comunistas naciona- les, procedentes de los países conquistados de la Europa Central, que podían representar una cierta amenaza para la hegemonía política de los dirigentes soviéticos. Finalmente, el 19 de junio de 1949, László Rajk fue condenado y, poco des- pués, ahorcado.

Su proceso público y ejemplarizante, a modo de las antiguas purgas estalinistas de los años treinta, fue divulgado ampliamente por los me- dios de comunicación de las democracias popu- lares y los de los países occidentales, lo cual en seguida lo elevó a la categoría de un mito; hizo

de Rajk un símbolo de la pureza de los idea- les comunistas derrotados ante las depravacio- nes del estalinismo. Resulta, no obstante, muy significativo, tal como recoge la entrevista que publicamos en el semanario digital *CTXT*, que para su hijo no está nada claro que la historia de su padre fuera ejemplar ni que se le pudiera considerar, realmente, «un héroe». László Rajk considera, de hecho, que su padre cayó víc- tima del sistema que él mismo había ayudado a instaurar y que su responsabilidad personal en la represión política contra sus compatrio- tas pone en cuestión toda heroicidad anterior. Debatiendo, en particular, mi sugerencia de que, para comprender el *ethos* de aquellos comunis- tas “puros”, tal vez había que insertar sus luchas en la dimensión de su compromiso antifascista, me dijo Rajk:

Creo que mezclas las historias personales, de una familia concreta, con la realidad histórica. Y lo tienes que separar. Porque ese apego emocional a ciertos ideales también atañe a los nazis. Esto es lo que yo no acepto. Llegado un momento, tenemos que ser puramente críticos, y ser claros y llamar a las cosas por su nombre. Lo que he aprendido de mis veinte años de oposición, y estando en la cárcel, es que no existe algo así como el momen- to presente, que siempre tenemos que salir un poco hacia el futuro. Que no podemos explicar algo solo desde el momento presente, porque la mirada desde el presente hacia el pasado, siempre va a influenciar ese pasado. No quiero caer en la trampa que supone que el pasado es de una mane- ra hoy y de otra manera mañana.⁴

No se pueden equiparar ni confundir «las his- torias personales, de una familia concreta, con la realidad histórica». Esta es la difícil y ambiciosa verdad que ofrece Rajk acerca de la memoria personal y pública ligada a su padre. En efecto, para la generación de jóvenes opositoristas húngaros, de la cual László devino líder a partir de los años setenta, no existía justificación posi- ble para los actos que su padre había cometido ostentando altos cargos en el Gobierno hún- garo; ninguna utopía, ningún ideal podían, para

ellos, justificar la anulación de ciertos valores humanos fundamentales. Según las palabras de László Rajk, dichos valores son inmutables en los cambiantes y circunstanciales contextos políticos, y ocupan una posición sólida proyectada siempre hacia el futuro.

Curiosamente, *post mortem*, su padre hizo un favor a la incipiente oposición antidictatorial. No en vano, el detonante directo de la revuelta húngara de 1956 fueron las exequias que acompañaron su re-entierro, tras la rehabilitación pública de su nombre en el marco de la desestalinización, ambos fruto de la firme presión política ejercida por su viuda, Júlia Rajk (1914-1981), tras su salida de la prisión.

Júlia Rajk y la vía alternativa fallida del socialismo.

Al igual que su marido László, Júlia era militante comunista y había participado activamente en la resistencia húngara, y padecido la cárcel de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Tras el arresto de su esposo en 1949, fue detenida dos semanas después. Ya había nacido el pequeño László, a quien, con tan solo tres meses, la policía secuestró en el momento del arresto de la madre e ingresó en un orfanato con nombre falso. La intención de ese cambio era de imposibilitar que el niño pudiera ser localizado por la familia materna y empezar el proceso de borrar el nombre de su padre de la historia de Hungría. Júlia Rajk pasó cinco años en la cárcel, tras un juicio rápido. Con el precedente de la suerte corrida por László, estaba segura de que jamás saldría en libertad y temió por su vida constantemente tras la ejecución de su marido.

En los años que siguieron a la muerte de Stalin, en todo el bloque oriental se produjeron una serie de huelgas y manifestaciones de protesta contra la opresión política y social, que depararon sucesos especialmente relevantes en Berlín Oriental, en junio de 1953. En 1954, Júlia fue liberada en el contexto de aquellas transformaciones que conllevaron la rehabilitación de muchos

condenados políticos. En Hungría, el líder de la desestalinización era el comunista independiente y ex primer ministro del país Imre Nagy, a cuya acción política Júlia Rajk se une desde el mismo momento de su salida de la cárcel. El pequeño László, quien, a aquellas alturas, ya había sido localizado y sacado del orfanato por su tía materna, tenía cinco años. A todo ello, el 25 de febrero de 1956, durante la celebración del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el líder soviético Nikita Jrushchov pronunció su famoso discurso secreto que, por primera vez, suponía la denuncia pública de los crímenes estalinistas dentro de la órbita oficial soviética y causó un impacto sin precedentes en numerosos líderes y militantes comunistas nacionales. Precisamente en ese contexto, de arrepentimientos públicos y expiación de los pecados colectivos, gracias a la presión ejercida permanentemente por su viuda, tuvo lugar, el 23 de marzo de 1956, la rehabilitación póstuma de László Rajk.

En junio de 1956 estallaron las huelgas de Poznań (Polonia), que aunque brutalmente reprimidas, con un saldo de decenas de muertos, finalmente condujeron al Gobierno polaco a adoptar una serie de medidas de liberalización y mejora de las condiciones de vida de la clase obrera. Siguiendo la estela polaca, también en Hungría las emociones y las demandas de liberalización fueron *in crescendo*. Así, el 6 de octubre de 1956, coincidiendo con una fiesta nacional húngara, en una expresión de crisis de conciencia nacional sin precedentes en la posguerra, 250.000 personas salieron a las calles de Budapest para honrar la memoria de László Rajk en su entierro público. Una vez desencadenadas las fuertes emociones latentes, tan solo dos semanas después, el 23 de octubre, estallaba la protesta de los estudiantes y obreros que pronto desembocaría en una gran revuelta popular contra el poder soviético y a favor de la liberalización del sistema.

Esta, que pasaría a la posterioridad bajo el nombre de la «Revolución Húngara», se inició

con una cadena de manifestaciones espontáneas de estudiantes que rápidamente adquirieron la dimensión de una imponente demostración pública de protesta. Imre Nagy se puso al frente del país y adoptó una política valiente (y arriesgada) con su declaración de la neutralidad de Hungría y la proclamación de su salida del Pacto de Varsovia. El 4 de noviembre de 1956, la intervención militar de los ejércitos de ese mismo pacto derrotó la revolución y las autoridades soviéticas impusieron como jefe de gobierno a János Kádár, hombre que marcaría el destino de los siguientes decenios en el país. Durante la invasión, Júlía Rajk se refugió, junto con Imre Nagy y otros líderes de la revolución, en la embajada yugoslava, de donde todo aquel grupo resultó secuestrado. Con los hombres detenidos, las mujeres y los niños, incluyendo a Júlía Rajk y su hijo László, de entonces siete años, acabaron siendo desterrados a Rumanía, donde se les mantuvo en arresto domiciliario. Júlía, dada su trágica experiencia anterior, ejerció de forma natural de líder informal del grupo. Finalmente, Imre Nagy sería enviado a la horca en 1958, al igual que sus compañeros, todos socialistas y comunistas independientes, maridos y padres del grupo sometido al exilio forzoso.

La represión posterior a la Revolución Húngara, con 200.000 personas exiliadas, 200 asesinadas, y miles de encarceladas durante largos años, conmocionó el mundo entero y globalmente originó uno de los desengaños definitivos hacia el comunismo soviético. La brutalidad de los acontecimientos hizo que firmaran documentos de protesta incluso los intelectuales comunistas o filocomunistas que, como Jean Paul Sartre, Louis Aragon o Pablo Picasso, se habían mantenido hasta entonces en una actitud prosoviética o radicalmente neutralista. En este sentido, el ejemplo del pueblo húngaro acabaría siendo trascendental en términos políticos y éticos.⁵ No obstante, para muchos observadores de la época, Occidente fue al menos en parte responsable de la posterior tragedia desencadenada como consecuencia de la represión

soviética. Así, el Congreso por la Libertad de la Cultura —el organismo que más hizo internacionalmente por los represaliados y también por reivindicar el carácter democrático de la Revolución Húngara en todos los rincones del mundo—,⁶ publicó una nota de su Comité Ejecutivo en la que expresaba «el sentimiento general de tristeza y vergüenza provocado por la impotencia del mundo libre [...]» ante las represalias.⁷ Mientras, hoy, investigadores como Walter J. Huxson señalan que los acontecimientos de Hungría fueron en parte provocados por la propaganda estadounidense,⁸ críticas opiniones sobre el papel instigador desempeñado por la sección húngara de Radio Europa Libre —financiada con fondos estadounidenses— fueron vertidas por testigos muy cercanos de aquellos acontecimientos, como el director de la sección polaca de esa misma emisora, *Jan Nowak-Jeziorański*, quien reprochó a sus colegas húngaros haber contribuido al drama final con sus incendiarias audiciones que animaban a mantener la resistencia sin tregua contra los soviéticos. Del mismo modo, la eminencia gris del Congreso por la Libertad de la Cultura, el crítico literario polaco *Konstanty Jele-ski* se refería explícitamente a la «traición» de Occidente a Hungría y acusaba a la sección húngara de Radio Europa Libre de instigar las esperanzas y elevar el nivel de las emociones muy por encima de lo razonable, y de devenir, así, culpable también del posterior derramamiento de sangre. Ciertamente, para muchos húngaros, por utilizar las palabras de *Jele-ski*, «la cobardía de Occidente» resultó «un crimen casi igual de enorme que la agresión sangrienta de los soviéticos».⁹ La convivencia pacífica posterior del pueblo húngaro bajo el régimen de *Kádár* se explica, en este sentido, por aquella gran decepción y aquella dura lección aprendida en 1956 acerca de la soledad internacional de la democracia en Hungría.

Prosiguiendo con la historia de la familia Rajk, cabe añadir que, una vez que pudo regresar a Hungría, Júlía se convirtió en una auténtica institución política, “intocable” para el sistema.

Utilizando su gran poder e influencia como viuda de László Rajk, «la viuda de la Nación», se movilizó activamente por los derechos de los disidentes y los encarcelados. De acuerdo con sus biógrafos, siempre fue comunista, pero fiel a un comunismo que ella interpretaba según los ideales de lealtad, integridad moral y solidaridad con el más débil. Al parecer, era realmente una persona incapaz de mentir, dotada de una franqueza inusual; un verdadero “animal político” de primera movido por valores de la máxima hondura. Paradójicamente, y a pesar de las posteriores diferencias políticas con su hijo, se convirtió en un pilar muy relevante de la oposición anticomunista, que empezó a ser determinante a partir de la década de los años setenta.

László Rajk y la conciencia liberal

László Rajk es un ejemplo de superación, al igual que lo es la historia de su pequeño país.

Después de la tragedia del año 1956, la sociedad húngara convivió pacíficamente bajo el poder comunista encarnado en el Gobierno de János Kádár, en el marco de un sistema bautizado como el «comunismo *goulash*». Los húngaros pudieron gozar de una economía de las más desarrolladas de todo el bloque soviético y, desde el inicio de los años sesenta, tuvo lugar una paulatina industrialización y urbanización de todo el país. Comparado con el conjunto del bloque comunista, en Hungría se vivía mejor. No obstante, ese mayor relativo bienestar reposaba, según los líderes de la oposición, en las peores cualidades humanas: el oportunismo y la mentira. Muchos años después, la condena de László Rajk a aquel sistema es tajante. Su generación fue decisivamente marcada por otra triste experiencia de otra gran revolución fallida, la Primavera de Praga, de 1968. El experimento checo de construir un socialismo más democrático, un «socialismo con rostro humano», fue también barrido de la faz de la Tierra por el ejército del Pacto de Varsovia. Aquella intervención militar y la represión posterior dirigida

contra los elementos más vulnerables y, a la vez, más activos de la sociedad checoslovaca, supuso, para muchos, el desengaño final acerca de la posibilidad de una real transformación del sistema comunista desde dentro.

Las nuevas generaciones de Polonia, Hungría y Checoslovaquia estaban llamadas a buscar una nueva estrategia para su actividad política y una manera de resistir completamente diferente. En el marco de una nueva red de activismo antidictatorial que atravesaría toda la Europa Central y del Este, los nuevos movimientos se apoyarían, en adelante, en lo que fue bautizado como el modelo polaco, cuyos fundamentos provenían principalmente de un joven intelectual de ascendencia judía, Adam Michnik (1946). En su capital ensayo *El nuevo evolucionismo* (1976), estableció una estrategia de la oposición contraria a la conspiración y la revolución, pero también a cualquier tipo de concesión a las autoridades comunistas. Dicha línea apostaba por la evolución política del sistema y la lucha sin tregua por las reformas, y hallaba su fundamento social en la unión entre la clase obrera y la *intelligentsia*. La base ideológica de los movimientos opositores descansaba en los Derechos Humanos recogidos en los Acuerdos de Helsinki (1975), con especial insistencia en la libertad de información y la libertad de expresión en el arte. El otro pilar era la cultura; los nuevos movimientos de resistencia rescataban de los repertorios nacionales obras literarias y artísticas que podían influir activamente en las conciencias y las actitudes de sus compatriotas, y conseguir su movilización antidictatorial. También en el caso de László Rajk, su camino hacia la disidencia se realizará a través de la cultura, en estrecha vinculación con el movimiento artístico de las vanguardias teatrales. Siguiendo la vía del teatro polaco —notablemente de Jerzy Grotowski y Tadeusz Kantor—, también los teatros independientes de Hungría devendrán cada vez más reivindicativos, radicalmente libres en la expresión artística y muy críticos con el *statu quo*; pasarán a funcionar como auténticos reductos de la li-

bertad. En las democracias populares, en general, el arte y la cultura contribuirán sensiblemente al proceso global de liberalización política.

La piedra angular para el desarrollo de la nueva oposición húngara fue una protesta en solidaridad con el líder de la oposición checa Václav Havel y otros miembros de la Asociación Karta 77, en 1977, radiada y difundida por los medios de comunicación internacionales y asimismo, para el público de la Europa del Este, por Radio Europa Libre. En Hungría, la actividad de la oposición se basó en el *samizdat*, una suerte de mercado negro de publicaciones clandestinas, muy bien conectado y distribuido por todo el país. Un programa diario en Radio Europa Libre contribuyó, en gran medida, a dar a conocer dicha actividad prodemocrática de extensión de la literatura prohibida por el régimen. En lo político, otro pilar para la oposición fue la memoria colectiva sobre la Revolución de 1956. Así, en 1986, los demócratas lograron organizar varias conferencias y ediciones para conmemorar el trigésimo aniversario de aquellos sucesos. László Rajk, muy activo en el *samizdat*, fue también diseñador de la placa parisina en memoria de Imre Nagy, donada junto con una tumba simbólica por el entonces alcalde de París, Jacques Chirac. En el marco de un proceso que, una vez más, se fijaba en Polonia y su movimiento Solidaridad, se produjeron en Hungría numerosas manifestaciones en las que László Rajk y otros líderes de la oposición clamaban por conocer el lugar donde yacían los cuerpos de Nagy y sus compañeros ejecutados.

En realidad, el derecho de los vivos a sepultar dignamente a los muertos constituyó la esencia simbólica del proceso de democratización de Hungría. Un círculo histórico se cerró, al respecto, el 16 de junio de 1989, con el re-entierro público de Imre Nagy, en el marco de una solemne ceremonia en la plaza de los Héroes de Budapest, retransmitida a todo el mundo, que reunió a cientos de miles de húngaros. László Rajk, líder de la oposición, huérfano de un padre asesinado en un proceso amañado y niño

exiliado después de la tragedia de 1956, diseñó los decorados de aquellas exequias. Otro protagonista de la ceremonia fue el entonces joven opositor Víctor Orbán, quien en unas encendidas palabras clamó por establecer la convocatoria de elecciones libres y por la salida del Ejército soviético del territorio de Hungría; discurso que inmediatamente lo convirtió en uno de los políticos más populares del país.

En Hungría, dos grandes sepelios públicos marcan la culminación de diferentes épocas históricas y los grandes hitos de democratización del país. Después del re-entierro de László Rajk y su rehabilitación pública, el homenaje multitudinario a los restos mortales de Imre Nagy señalaba el final de una época y el comienzo de otra. De esta manera, el caso húngaro verifica definitivamente que la muerte no solo es un hecho biológico, sino también social, un patrimonio de los imaginarios colectivos.

Quizá el trauma originado por la represión posterior a la Revolución Húngara fuese responsable del carácter extremadamente cauto y tranquilo de la posterior transición democrática en Hungría. Así, tras la entrega del poder por parte del anciano Kádár y el viejo aparato comunista, fue posible llevar a cabo, sin grandes sobresaltos, la liberalización definitiva del Partido Comunista y su apertura a la vía de la socialdemocracia. Después de la firma de los acuerdos que estipulaban las bases del Estado de derecho, el 23 de octubre de 1989, se proclamó la República de Hungría. Gracias a un enorme esfuerzo colectivo, en 2004, Hungría quedó asociada formalmente a la Unión Europea. Y como lógica consecuencia de aquel proceso, tal como ocurrió también en otros países del antiguo bloque comunista, los altos costes de la transición originaron un sentimiento de decepción con algunos aspectos de la joven democracia húngara que abonó el terreno para las políticas populistas de la derecha nacionalista.

István Rév y las lecciones húngaras acerca del pasado y el presente

El recorrido histórico de Hungría resulta paradigmático para ilustrar los cambiantes esquemas de valores políticos y éticos que fundamentaron el siglo XX europeo. La noción acerca de lo cambiante que resultan nuestros juicios y valores fue ciertamente experimentada, por los pueblos de la Europa Central y del Este, de manera profundísima en el más trágico de los siglos. Según el famoso escritor polaco *Czesław Miłosz*, galardonado con el premio Nobel de Literatura en 1980, el dudoso privilegio de haber vivido el «cataclismo cósmico» perpetrado en sus tierras en los años 1939-1953, habría provocado que «el hombre del Este» deviniera propenso a no «tomar en serio a los occidentales, y en particular a los norteamericanos, precisamente porque la mayoría de ellos no han pasado por las experiencias decisivas: las que nos enseñan sobre la relatividad de nuestros juicios y de nuestros hábitos».¹⁰

Por su parte, en su importante libro *Retroactive Justice: Prehistory of Post-Communism*,¹¹ el director del Open Society Archive, el historiador húngaro y antiguo opositor, István Rév propuso una ambiciosa reflexión sobre el oficio del historiador a la luz del complejo recorrido histórico de su país, en el que los marcos políticos cambiantes originaron una constante revaluación de aproximaciones ideológicas y axiológicas en el debate sobre el pasado. Resulta significativo que Rév comience su obra con la máxima latina de Horacio, *Nullius in verba* (No confiéis en palabras), *motto* de la Royal Society. Así, en las páginas que abren el libro, el autor previene a los historiadores, que trabajan en el «negocio de la muerte», de fiarse acríticamente de la documentación reunida en los archivos de represión, dado que estos, en su mayoría, contienen fabricaciones, manipulaciones, mentiras y sobredimensión o minusvaloración, según el caso, de los hechos que realmente acontecieron. Compara, asimismo, el trabajo de sistematiza-

ción y simplificación que realiza el historiador con el de un policía, a menudo excesivamente propenso a ver narrativas globales y lineales entre fenómenos y sucesos que solo acontecían como hechos particulares y como resultado de la acción, a veces desesperada, de los individuos: «The policeman is like the typical historian, looking for regularity. And he is right: almost always the cases show more regularity; they are more revealing than what each individual act might otherwise suggest in its singularity» (p. 2). Desde hace años, István Rév enseña en la Central European University un curso de posgrado en el que repasa el problema de la construcción social de la «objetividad», los métodos de la ciencia histórica y las dificultades epistemológicas que atañen al trabajo con las fuentes primarias. La bibliografía básica del curso contiene obras fundamentales de autores como Lorraine Daston y Peter Galison, Ann Laura Staley, Ian Hacking o Steven Shapin,¹² que abordan el aspecto conflictivo del trabajo con los archivos o que desafían el concepto de la objetividad histórica. La maestría intelectual ejercida por István Rév convence definitivamente de la necesidad de contribuir a la caída de las fronteras que aún separan las historiografías occidental y oriental, y la instauración de una mayor retroalimentación, al menos en el territorio de Europa, entre las distintas sensibilidades, ópticas y maneras de aproximarse a las complejidades del pasado.

La confrontación crítica de la noción de la verdad objetiva se mueve en un terreno muy delicado para las elites intelectuales de los países de la Europa Central y del Este. La enorme inestabilidad histórica y los genocidios perpetrados en aquellas «tierras negras» han contribuido al hecho de que esa parte de Europa haya devenido territorio propicio para interminables debates públicos sobre la historia y la memoria del siglo XX, acerca de los valores del pasado y del presente, así como para constantes revaluaciones de los significados de la historia y la memoria nacionales, muy presentes en las políticas públicas y en el propio espacio físico de

sus grandes ciudades. También Budapest resulta una ciudad marcada, de manera decisiva, por la memoria histórica. No obstante, aquí hallamos asimismo el ejemplo de una institución específicamente dedicada a ese problema, el Museo del Terror, cuya actividad ha motivado denuncias y serias críticas por parte del público local. Así, en un capítulo de su libro, István Rév argumenta que más que una aproximación crítica y equilibrada al pasado de Hungría, lo que interesa a esta institución es presentar y explotar, casi en exclusiva, la violencia política durante la dominación soviética, mientras desatiende intencionadamente el capítulo asociado al fascismo húngaro y la política colaboracionista con los nazis. Para Rév, tal manipulación consiste en elegir del pasado solo determinados elementos que favorecen al poder político de turno, lo que supone la institucionalización de un particular revisionismo histórico. Así, el director del OSA no duda en calificar a los responsables del Museo del Terror de filofascistas que pretenden borrar conscientemente las proporciones de los hechos históricos e imponer marcos equivocados al debate sobre el pasado. Se muestra muy crítico, globalmente, con las políticas de la memoria que únicamente se orientan a sostener y potenciar el victimismo propio en la manera de acercarse al pasado, con lo que impiden que el pueblo húngaro aprecie parte de su propia responsabilidad en el desarrollo del destino histórico.

Según mis interlocutores, István Rév y László Rajk, la receta para un adecuado uso político de la memoria histórica no es menos debate sobre el pasado; de hecho, a su entender, es exactamente al revés. Pero dicho debate no puede ser dominado por el oportunismo político ni tampoco por el victimismo acrítico. Están convencidos de que solo una profunda voluntad crítica a la hora de confrontar el pasado puede contribuir a una mayor conciencia democrática y, como consecuencia, a defender a las generaciones futuras de los dramas terribles que acontecieron en el siglo XX. Ese anhelo de lo

sólido, del que hablaba previamente Rajk, o la necesidad de firmeza a la hora de acercarse a los crímenes del pasado, y a quienes los perpetraron o los hicieron posibles mediante su colaboración activa o su consentimiento pasivo, puede estimular, también hoy, una reflexión sobre nuestros propios deberes.

Los procesos de democratización en Hungría no concedieron suficiente tiempo para garantizar un profundo debate sobre los valores que deberían fundamentar la nueva sociedad. István Rév y su amigo László Rajk consideran que, al menos en parte, fue el clima de pragmatismo y oportunismo —mezclados en dosis iguales— que se impuso entonces el que no permitió a los húngaros confrontar la podredumbre política y moral creada durante la época de la dictadura, ni tampoco plantear un ejercicio de conciencia severo sobre el capítulo de colaboración con el nazismo. A consecuencia de ello, la ausencia de una democratización profunda y de una confrontación exigente con la memoria conflictiva del siglo XX habría acabado conduciendo a la sociedad húngara hacia las actuales políticas del populismo nacionalista, especializadas en explotar, sin pudor, las emociones del pasado en clave del victimismo. Para la intelectualidad liberal del país —atrincherada ahora con la causa de la Central European University—, el pasado filofascista de Hungría adquiere una dramática vigencia en el contexto de la actual situación política. El caso de Hungría debiera constituir, sin duda, una lección para las cabezas pensantes de las democracias liberales acerca de la relevancia de cuidar las áreas sensibles de la colectividad y de la necesidad de conducir políticas plurales, ambiciosas y responsables, con la vista puesta en los reales y profundos valores en los que debe sostenerse una democracia.

Notas

- ¹ SHIELS, Duncan, *Los hermanos Rajk: un drama familiar europeo*, Barcelona, Acantilado, 2009.
- ² SÁNCHEZ CERVELLO, Josep, □Les brigades internacionals: de la seva retirada a la glòria□, en SÁNCHEZ CERVELLO, Josep y AGUDO, Sebastián (coords.), *Las brigadas internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio*, Tarragona, Publicacions URV, 2015, pp. 231-256, cita de la p. 249.
- ³ SZÁSZ, Béla, *Volunteers for the Gallows; Anatomy of a show-trial*, Chatto & Windus, 1971.
- ⁴ RAJK Laszlo, y GLONDYS, Olga, "No tenemos ninguna figura capaz de contrarrestar a Orbán", *CTXT (Contexto y Acción)*, 81, 07/09/2016, en: <http://cxt.es/es/20160907/Politica/8307/entrevista-Laszlo-Rajk-Hungria-Orbán-comunismo-estalinismo-ultraderecha.htm> (mayo 2017).
- ⁵ MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo de; PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo A.; SZILAGYI, István, *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*, Madrid, Actas, 2006; □1956: Una cesura en la historia europea□, con colaboraciones de Xosé Manoel Núñez Seixas, Ricardo Martín de la Guardia, José María Faraldo y Ferrán Gallego, *Maleta de Portbou*, 21 (enero-febrero de 2017).
- ⁶ GLONDYS, Olga, *La Guerra Fría Cultural y el Exilio Republicano Español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, CSIC, 2012, pp. 140-147; «Informe de la comisión de la ONU sobre los acontecimientos de Hungría», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XXVI (septiembre-octubre de 1957). Prólogo de Salvador de Madariaga; *El Crimen de Hungría y los intelectuales libres: ¿fue fascista la Revolución húngara?* México, Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, 1957.
- ⁷ Nota «La reunión anual del Comité Ejecutivo del Congreso», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, XXIII (mayo-junio de 1957), p. 110.
- ⁸ HUXSON, Walter J., *Parting the Curtain: Propaganda, Culture, and the Cold War, 1945-61*, New York, St. Martin's Press, 1997, p. 82.
- ⁹ Carta de Konstany Jeleński a Sidney Hook, de 10 de diciembre de 1956. Archivo General del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura. Serie I; caja 7, folder 5. Regenstein Library. University of Chicago (EE.UU.)
- ¹⁰ MIŁOSZ, Czesław, *El Pensamiento Cautivo*, Barcelona, Tusquets (Marginales, 67), p. 60.
- ¹¹ *Retroactive Justice: Prehistory of Post-Communism*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2005.
- ¹² DASTON, Lorraine, GALISON, Peter, *Objectivity*, New York, Zone Books, 2007; STOLEY, Ann Laura, *Along the archival grain: epistemic anxieties and colonial common sense*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2009; HACKING, Ian, *The Social construction of what?*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999; SHAPIN, Steven, *Never pure: historical studies of science as if it was produced by people with bodies, situated in time, space, culture, and society, and struggling for credibility and authority*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010.